Año IX — Toledo 27 de Febrero de 1912 — Núm. 531

CORREO CONCERTADO

El Castellano

CON CENSURA ECLESIASTICA

CORREO CONCERTADO

Punto de suscripción y venta.
Toledo: D. Elías Galán, Comercio, 62
Madrid: Kiosco de *El Debate*, frente á las Calatravas.
Anuncios económicos.

Se publica martes y sábados.

Redacción y Administración: Lechuga, 13.—Teléfono 12

Precio de suscripción.
Un año..... 6,00 pesetas
Número suelto..... 0,05 »
Pago adelantado.

CHARLAS

La poderosa advertencia de Pablo Iglesias, llevando á esa reunión de amigos que se llama Congreso, la voz de los oprimidos, produjo en la gran mutual de los políticos algún revuelo y se quiso con los suplicatorios sujetar el brazo amenazador que con robusteces hercúleas, quería aplastar el régimen de cacicato.

Se dió tinte político á las luchas de Bilbao y de Valencia y no se quiso ver en Cullera y Barcelona la llaga social que, ahondada constantemente, acabara en la disolución de esta sociedad en que, bajo las bellas formas, se oculta uno de los cánceres más terribles. El hambre.

Moret, en el resumen que ha hecho de las cuestiones sociales tratadas en el Ateneo, después de pintar con los más tétricos colores el cuadro de nuestras desdichas en la lucha por la vida, ha dado como solución única *la moralidad*.

Si la cabeza pensadora de Moret no hubiera sido la de un jefe de Gobierno, sus labios hubieran acentuado más el concepto, y el remedio hubiera sido la justicia.

Nadie puede dar lo que no tiene. Un pueblo hambriento no puede ser moral. Y no es que la riqueza sea *causa* de la moralidad. Condición indispensable para que exista, es cierta cantidad de bienes, cierta paz y bienestar en el ánimo que produce la posesión, la seguridad del pan.

El obrero hoy no la tiene. Ni el comercio ni la industria. Ni el pueblo ni la clase media.

No nos engañemos; un pueblo pobre, es un pueblo envilecido; la ignorancia y la crueldad son hermanas del hambre.

Para elevar el nivel moral, ó hay que reducir las pretensiones y necesidades atacando al lujo y á la holganza, ó hay que aumentar las ganancias y los ingresos.

Religión y trabajo bien retribuído; hé ahí los dos rails de la vía del bienestar.

No basta la abundancia para ser feliz; el que quiere más de lo que puede, se siente desgraciado.

Lanzar al pueblo por el camino del materialismo, es poner ante sus labios la copa de los placeres sin fondo; siempre querrá más y no será feliz, porque nunca tendrá lo suficiente.

Hay capitales inactivos, brazos parados, estómagos que no comen, terrenos que no producen. Armonizarlos y habréis resuelto la cuestión. La moralidad es fruto de la justicia.

Ni mis perros y caballos.

En el palacio de la princesa de Lorena se reunía con frecuencia una tertulia, compuesta generalmente de las personas más distinguidas de la alta sociedad.

Un día fué introducido en esta sociedad Mr. D'Alamber.

A la pocas reuniones, éste se vanaglorió públicamente de sus opiniones antirreligiosas, diciendo:

«Yo soy el único en este palacio que no cree ni adora á Dios.»

Justamente ofendida la princesa con una imprudencia tan desvergonzada, le replicó al instante.

—No, señor, no es usted el único en este palacio que no adora á Dios.

—¿Y quiénes son los demás, señora?

—Son todos los caballos y perros que están en las caballerizas.

—¿Con que así me igualáis con los irracionales?

—No, señor, porque ellos, aunque tengan igual desgracia de no conocer y adorar al Ser Supremo, no tienen, sin embargo, la imprudencia de vanaglorierse de ello.

MIS AÑOS

De la vida, pacífica y honrada,
Probé las decantadas ilusiones,
Y ví que eran fantásticas ficciones
De un mundo que de paz no sabe nada;
Y busqué de la ciencia la ignorada
Y oculta vida, y ¡ay! sólo opiniones
Para engañar incautos corazones
Pude encontrar al fin de la jornada;
Y busqué la virtud, y ella de fijo
Enseñóme conceptos tan extraños
Del buen vivir, que con razón me dijo,
Que de mi vida al recordar los años
Veré que son, al pie del Crucifijo,
Montón de lamentables desengaños.

León Aragonés.

Don Benito, Febrero 1912.

Un buen hijo premiado

Tenía Federico II un paje muy servicial; pero cierta noche, estando de guardia, se durmió tan profundamente que no despertó á los varios campanillazos del Rey. Salió éste, admirando el suceso, y vióle en apacible sueño, estrechando una carta en sus manos: leyóla con curiosidad... era de su pobre madre, que le agradecía el envío de sus ahorros y le colmaba por ello de bendiciones. Enternecido el monarca por ese rasgo de piedad filial, toma un billete de mil francos y lo deposita en las manos del paje. Despierta éste á los nuevos campanillazos del Rey, y observando en sus manos el billete, corre presuroso á la real cámara, diciendo: ¡Señor, alguien ha querido perderme poniendo este billete en mis manos! — «Tranquilízate, hijo, repuso el Rey sonriendo, es un premio debido á tu bondad, y cuenta que desde hoy el Rey cuidará de tu madre.»

Los que del obrero, viven.

¡Caramba, con las ideas!

La Agrupación Socialista de Cocentaina ha acordado la expulsión del *compañero* Rafael Terri por observar éste una conducta contraria á las «ideas» del partido.... y por haber malversado algunos fondos.

Se cree que la razón que más ha influído en el acuerdo de la expulsión ha sido la segunda de las citadas.

Otro..... aprovechado.

La Sociedad de descargadores del muelle de Erandio manifiesta á las colectividades obreras que no se dejen sorprender por el *camarada* Julio Antiga, el cual, no contento con llevarse indebidamente de aquella sociedad 80 pesetas, se ha arreglado su documentación para poder pasar en donde se presente cual si fuese un *buen* compañero.

¡Otro más!

La Agrupación y Juventud Socialista de Avilés hacen saber que la correspondencia que en lo sucesivo se les dirija no debe ser á nombre de Luis Rodríguez, quien ha sido expulsado por hacer traición á una huelga..... é incautarse de un dinero que no le correspodía.

Con razón dicen los caudillos del trabajador, que la unión es la fuerza. La unión de muchas cuotas hacen las pesetas que los vivos..... evaporan después.

El Cristo de la calavera.

Leyenda toledana.

Reinaba en Castilla el Rey don Juan I y celebrábanse sus bodas con la Princesa D.ª Beatriz, hija del Rey D. Fernando I de Portugal y sucesora de aquel reino, según lo pactado en un tratado internacional.

Tan fausto acontecimiento proporcionaba al pueblo y á la nobleza motivos de alegría, exteriorizados en fiestas, torneos, toros y cañas en Zocodover; danzas y pantomimas en las calles y plazas y *todo era júbilo en la gran Toledo*.

Una noche, se verificaba un espléndido sarao en los suntuosos salones del Alcázar, por los cuales discurrían lo más selecto de la aristocracia, en próceres, señores feudales, damas y caballeros ataviados con lujo deslumbrador.

Allá en uno de los ángulos de aquellas soberbias estancias, aparecía sentada en artístico sitial mudéjar, la hermosa figura de la dama más gentil y más ricamente vestida y alhajada que había en toda la corte, y que hacía enloquecer la fantasía y donaire de la dorada juventud masculina. Tal era D.ª Inés de Tordesillas.

Veíasela en la ocasión á que nos referimos, rodeada de amables galanes, que á porfía disputábanse el honor de elogiar sus bellas prendas y de lisonjearla con toda suerte de frases halagadoras y corteses, cuando no de finas insinuaciones amorosas y de delicados obsequios y requiebros.

Pero entre todos se distinguían, por sus insistentes finezas y solicitudes, dos gallardos y apuestos doncelles de la más linajuda nobleza toledana: D. Alonso Carrillo y D. Lope de Sandoval, que á la par se sentían vivamente apasionados por aquella beldad.

Ella, indiferente con unos, sonriente con otros y atenta con todos, aceptaba y agradecía aquella lluvia de galanterías; hasta que ya, bien por cansancio de tantas insinuaciones, ó bien por hacerse más interesante, levantóse ceremoniosamente, y al ponerse en pie, dejó caer como al descuido uno de sus guantes.

Abalanzáronse á él para levantarlo de la alfombra y devolvérselo, todos los caballeros que la rodeaban, pero no lograron asirlo sino D. Alonso y D. Lope, cada uno por un extremo.

Levantáronse ambos tirando de la presa con mano convulsiva y dirigiéndose siniestras miradas.

—¡Soltadlo!—dijo D. Lope con voz airada.

—¡Soltadlo vos!—respondió don Alonso—, ó de lo contrario os cortaré esa mano.

—Mirad no sea yo el que os lo haga soltar con la vida—, replicó D. Lope, empuñando con la otra mano el pomo de su daga.

Todos los circunstantes se agruparon hacia el sitio de la querella, produciéndose la consiguiente confusión.

El Rey no tardó en apercibirse de aquel inusitado movimiento, acudiendo al grupo; y enterado del suceso, alzó su voz y dirigiéndola á los rivales les dice:

—¿Cómo en mi palacio y casi en mi presencia, os encuentro en tal guisa? Venga ese guante, y catad non vayades á caer en mi real desagrado, por aquese desacato.

Entrambos adversarios bajan los ojos y dejan tomar por la augusta mano el perfumado guante, y entregándoselo el Rey á su dueña le dice:

—Tomadlo, D.ª Inés, y curad otra vegada, de non dejarlo caer entre caballeros que vos lo puedan devolver manchado de sangre.

Terminado el sarao, sin más incidentes, fueron retirándose los cortesanos á sus respectivos domicilios, á través de las tortuosas calles, alumbrados por linternas y hachones, que portaban sus pajes y escuderos.

Cuando ya se perdieron en las sombras todos aquellos alegres grupos, y quedaron las calles en el más completo silencio y obscuridad, dos hombres embozados en sus luengas capas, avanzaban casi á tientas por Zocodover.

—¿A dónde iremos á dirimir nuestra contienda?—dijo uno de ellos—.

—A donde haya una luz que nos alumbre y terreno suficiente para revolvernos—, contestó el otro.

Y tropezón por aquí, y traspiés por allá, fueron recorriendo calles y callejones, hasta que á fuerza de andar y subir y bajar cuestas, llegaron á divisar una luz á lo lejos.

Dirigiéndose á ella, vislumbraron la de un humilde farolillo, que pendía ante una hornacina, dentro de la cual aparecía un severo Crucifijo, que tenía á sus pies una tétrica calavera.

—Este es el lugar que Dios nos depara para medir nuestras armas, y poniéndole á El por testigo, conmigo sois en batalla—, dijo D. Lope arrojando al suelo su capa y desenvainando su espada, haciendo lo propio D. Alonso.

Saludaron reverentemente á la sagrada imagen y pusiéronse en guardia. Mas, al cruzar los aceros, de súbito apagóse la luz.

—¡Malhadado sea el viento, que así nos deja en tinieblas!—exclamó D. Alonso.

Y al separar las hojas, volvióse entonces automáticamente á encender la luz.

—¡Ea, en guardia!—gritó don Lope.

Y al caer en ella, volvióse á apagar el farol. Vuelta á separar las toledanas y vuelta á encenderse; cuando á la tercera vez de cruzarlas, oyóse una sonora voz que decía:

—¡Eso, JAMÁS ANTE MÍ!

Los dos contendientes quedaron inmóviles y aterrados, y cayeron de hinojos, mudos por la terrible emoción.

Pasados algunos instantes, balbuceó D. Lope:

—Está visto, Dios no quiere que este duelo se lleve á cabo y debemos respetar sus justos designios.

—Tal creo—contestó D. Alonso—y ante El, os ofrezco paz y volver á nuestra antigua y nunca interrumpida amistad.

—Sea así—replicó D. Lope—venid á mis brazos y termine ya para siempre nuestra discordia.

Y así diciendo, se estrecharon fraternalmente conmovidos y reconciliados.

—Con palabra ya de amigo, os propongo, mi querido D. Lope, que nos olvidemos de D.ª Inés y de sus veleidades, y no volvamos á poner jamás nuestros ojos en ella.

—Aceptado—respondió D. Alonso—y marchemos tranquilos á nuestros nogares.

Despidiéronse del Santo Cristo, con devota plegaria demandando su perdón, y cogidos del brazo emprendieron su marcha.

Al llegar á las inmediaciones de la casa de D.ª Inés, detuviéronse sorprendidos.

Por todos los ajimeces altos y rejas bajas veíanse luces en las habitaciones, cosa desacostumbrada en aquellas altas horas de la noche; movimiento inusitado de personas; la puerta principal abierta; alumbrado el zaguán; y criados que entraban y salían presurosos.

¿Qué había ocurrido? Algo grave é inesperado debía de ser.

Acercáronse los dos caballeros, y dirigiéndose á un lacayo que á la puerta estaba, le interrogaron, qué acontecimiento era el que ocasionaba aquella agitación.

—¡Tristísimo es el suceso! La hija de nuestro amo, dama de S. A. la Reina, acaba de fallecer, y todo es tribulación y llanto en esta casa. Parece ser, según cuentan, que en el sarao de esta noche en el Alcázar, fué severamente reprendida la señora por el Rey primero y por la Reina después; le dió una sofocación muy grande, y sintiéndose indispuesta, pidió permiso á SS. AA. para retirarse; lo hizo antes que nadie; y ya la trajimos en la litera bastante mala. El señor, mandó en seguida por el médico, éste por el cirujano, la sangraron; avisamos corriendo al confesor y luego á la Santa Unción y hará cosa de una hora que ha expirado.

—¿Habéis oído, D. Alonso? ¡Terrible coincidencia! en esos mismos momentos, queríamos nosotros matarnos por ella, de una manera sacrílega.

—¡Ah! D. Lope, el corazón me lo decía. Cuando el Santo Crucifijo nos ordenó que cesáramos en nuestro desafío, y yo, arrepentido, le pedía perdón. Al levantar la cabeza, mis ojos se fijaron en la calavera que tenía á sus pies y no sé lo que sentí, pero me dije á mí mismo: A esto viene á parar la humana hermosura y gentileza, y tal vez dentro de poco será así la de D.ª Inés, pues una cara hermosa no es más que una calavera bien vestida.....

.....

A los pocos meses de este luctuoso acontecimiento, D. Lope de Sandoval y D. Alonso Carrillo, sucumbían heroicamente en la desgraciada batalla de Aljubarrota, luchando con denuedo, en defensa de los legítimos derechos de la Reina D.ª Beatriz á la corona de Portugal, usurpada por el bastardo Maestre de Avís.

Manuel Castaños y Montijano.

SELECTA

NIEVE Y HOJAS

Caen las hojas
de los árboles lentas, perezosas,
como si prolongar, tristes, quisieran,
su yugo bienhechor.
Y sobre arbusto de unas flores rojas
caen secas, lastimosas,
perdido ya su espléndido verdor.
Y mientras caen, murmuran
ilusiones perdidas.
De la altura
caen los copos blanquísimos ligeros
que agita el vendaval;
Sobre la tierra extienden su blancura,
y cubren de su pálida hermosura
ésteril erial.
Pobre nieve,
purísima y aleve,
¿por qué quieres caer?
Al fango de la vida, das tu vida,
y á la hoja, tu querer.

M. de R.

Febrero 1912.